

*En el fondo, todo niño desea ser buen estudiante. Esto es un aprendizaje difícil pero nosotros, afortunadamente, podemos ayudarles...*



Cuando aparezcan estas líneas ya todos los colegiales habrán reanudado sus actividades escolares. Las vacaciones habrán terminado hace tiempo y no serán ya más que un recuerdo.

Se suele decir: "La vida continúa...", lo que es un grave error. Pasar de la escuela de párvulos a la primaria, de ésta a la secundaria y luego a la Universidad, es franquear una etapa tan importante que puede decirse que todo está en juego.

El niño, el adolescente, deben adaptarse a unas condiciones de trabajo que ellos no se esperaban; deben reintegrarse a un nuevo "ambiente", hacer frente a nuevos programas; deben, incluso, acoplarse a un horario de vida del que no comprenden todas sus exigencias.

En general se cree —equivocadamente— que la vida escolar consiste sólo en "aprender", lo que ya no estaría mal. De hecho, es mucho más que esto. Aprender no es nada en comparación con todos los automatismos que el niño debe adquirir para aprender bien, para retener lo que se le enseña, para aceptar esa disciplina colectiva que es reglamentaria en todos los colegios, para imponerse un trabajo personal sin que el estudio sea mera memoria, para rivalizar con los compañeros mejor o peor dotados (lo que se traduce en puestos, puntos, castigos y recompensas más o menos merecidos), para afrontar con el mismo ánimo elogios y censuras; esto a la vista de todo el mundo y sin que pueda expresar sus temores, sus alegrías, sus penas, sus gustos y sus desalientos.

El niño hace lo que se le dice que haga, bien o mal, con éxito o fracaso; con una especie de alegría creadora que lo eleva por encima de su tarea, o, al contrario, con un pesimismo que esteriliza su esfuerzo. Pero no sabría evadirse de lo que se le impone, aunque se rebelde durante algunos días o devuelva una hoja en blanco en un ejercicio. El sabe perfectamente que su rebeldía no sirve para nada; se le ha embarcado en una aventura que él no ha escogido.

#### La ansiedad, enfermedad moderna

No se crea que me compadezco, en general, de la suerte del escolar. Ellos pasan por

---

# SABER AYUDARLES

---

donde todos nosotros hemos ya pasado. La cuestión consiste, sobre todo en los comienzos de un nuevo año escolar, en saber si se les puede facilitar la tarea; no estropear sus estudios con exigencias excesivas, animarlos en vez de desanimarlos, darles más optimismo, serenidad, esperanza, alegría, entusiasmo e incluso un poco más de indiferencia con respecto a un éxito o un fracaso totalmente pasajeros.

Pues no es necesario disimular que la enfermedad moderna es la ansiedad. El colegial no es menos ajeno a ella que nosotros. Ellos viven, como suele decirse, con los nervios en tensión, los cuales son particularmente frágiles, puesto que están en plena infancia o adolescencia.

Pero si no podemos casi nada contra unas condiciones de existencia cada vez más difíciles, podemos, sin embargo, cuidar el sistema nervioso del niño en lo que concierne más directamente a su escolaridad.

Podemos, en todo caso y con un poco de buena voluntad, no aumentar su ansiedad en tres momentos cruciales de su vida escolar: es decir, hacia los seis años, cuando comienza sus estudios primarios; hacia los diez, cuando inicia los secundarios; y hacia los diecisiete, ya en el umbral de la Universidad.

Los exámenes psicológicos son categóricos respecto a este particular, incluso aún no admitiendo todas sus conclusiones. El alumno medio y, con mayor razón, el mal alumno, es un ser acosado, ansioso, que vive con la aprensión de un deber mal hecho, de una lección mal sabida, de un examen mal preparado y de todo lo que de ello resulta, fatalmente: reprimendas, censuras, comparaciones molestas con sus compañeros, hermanos o hermanas mejor dotados, privación de recreo, malas notas, cambios de clase y, como remate, un certificado de estudios estropeado.

No digamos nada de esos "empollones" a quienes no se les concede el tiempo necesario para reponerse de un catarro o de una gripe, bajo el pretexto de que van a perder su primer "puesto", el cual, a lo largo de la vida, no tiene excesiva significación.

#### Esas voces gruñonas

Nosotros no podemos gran cosa —lo acabamos de decir— contra el ritmo desenfrenado de la vida moderna. Es verdad. Pero, al menos, podemos restringir las consecuencias; podemos vivir, en la intimidad de nues-

tros hogares, una vida más tranquila y más sana; durante las comidas, podemos renunciar a las recriminaciones acostumbradas, evitar las veladas tardías que ocasionan ciertos programas de televisión "que es absolutamente necesario ver"; podemos, si tenemos alguna autoridad sobre nuestros hijos, poner bajo llave esos transistores sin los que la juventud no puede ya pasar y de los que se abusa como de una droga.

Los padres, grandes ansiosos ellos mismos, crean a su alrededor ansiosos: "Ponte en seguida a trabajar". "Tu deber no está terminado". "No sabrás la lección". "Si esto continúa vas a suspender". "Escribe mejor". "Vigila tu ortografía". "Tú no sabes nada".

Esas voces gruñonas no expresan más que aprensión, inquietud, miedo al porvenir. La paz familiar, ¿no podría ser como un antidoto de la ansiedad escolar? ¿Es qué no se puede hablar de otra cosa más que de temas relacionados con el colegio? ¿Es tan difícil distraer al niño de sus preocupaciones intelectuales, procurarle algún descanso, no recordarle siempre su propia inquietud (de la que ya es bastante consciente, aunque lo disimule), que acabará por ser una obsesión para él?



#### En el umbral de la escuela primaria

Esta obsesión comienza muy pronto. Hemos observado a algunos niños en la época del comienzo de curso. Tenían aproximadamente seis años y, casi todos, tomaban contacto por primera vez con el colegio. Era un acontecimiento de su vida para el que estaban mal preparados.

Como me decía una joven profesora: "Serán necesarios seis meses para convencerles de que ir al colegio es una cosa divertida". Me

explicó que la mayoría de estos niños no habían abandonado jamás a su familia; que no conocían a nadie, excepto a sus padres y hermanos; que no habían tenido jamás ocasión de tratar a otros niños; que la disciplina de grupo les era totalmente extraña. "Sus padres les han metido en la cabeza —me dijo— que yo soy una especie de ogro que acosa a los retrasados, castiga a los charlatanes y reprende a los desatentos y distraídos".

Aunque el curso escolar ha comenzado ya y es demasiado tarde para preparar humanamente al niño para ingresar en un ambiente que no tiene nada de dramático, será bueno que cada uno examine su conciencia. Quizá no es demasiado tarde para dar al escolar impresionable, inquieto o desconcertado, una idea más exacta de lo que se espera de él.

Cuando se trata de un niño que comienza sus estudios primarios, son convenientes tres cosas, al menos: primero, una buena adaptación al grupo del que él formará parte; en segundo lugar, despertar en él un cierto interés por el estudio; y, por último, una cierta confianza con respecto a sus maestros.

#### Un niño desorientado

Es indudable que (sobre todo en la burguesía acomodada), el niño que comienza el ciclo primario se encuentra, generalmente, desorientado ante sus nuevos compañeros. Y no me refiero solamente a los niños tímidos, introvertidos, incómodos en un patio de recreo bullicioso. Hablo del niño llamado "bien educado", que no ha conocido, aunque fuese durante un año o un semestre, la escuela primaria.

Este niño tiene miedo y esto podría paralizarle su esfuerzo escolar. Muchos malos alumnos son miedosos. Si temen recitar su lección y prefieren quedar mudos cuando la saben, es a causa del grupo del que forman parte, pero con el cual no consiguen identificarse por completo. Temen las burlas de los más "machotes", las represalias de los peores, los golpes de los más astutos.

La mayor parte de los niños superan esta crisis de ansiedad, pero ¡a qué precio! Cuánto más sencillo sería no crearla o no mantenerla artificialmente, acostumbrando al pequeño ansioso, por ejemplo, a tomar responsabilidades a su medida, interrogándole más frecuentemente que a otros, pero en cosas fáciles, obligándole a tomar parte en juegos

colectivos, animándole cuando ha conseguido una buena calificación deportiva, no atrayendo su atención sobre una fragilidad psicológica que él no puede nombrar pero de la que siente todas sus consecuencias.

El niño que comienza su escuela primaria hace amistades, con bastante rapidez, entre sus compañeros. De ordinario, su profesor o profesora le ayudan a reintegrarse en su grupo escolar. Pero sería de desear que sus padres —y sobre todo su madre— tuviesen la misma sencillez, dejando que las cosas se resuelvan por sí mismas y traten a su hijo y a su hija de seis años como a un hombrecito o mujercita que, sin duda, son demasiado nerviosos, inclinados a la ansiedad y al temor, pero pueden conseguir mayor serenidad e indiferencia con tal de que no se insista sobre su enfermedad.

#### Una política de estímulo

¿Qué decir del interés por el estudio sin el cual éste será, durante años, un trabajo fatigoso y sin provecho?

Un niño de la burguesía acomodada consagra a sus estudios, poco más o menos, el tercio de su vida activa. Esto no es demasiado, si lo hace con éxito; pero es inútil si va de fracaso en fracaso y estropea su principal "baza", que no es su boletín de notas sino su carácter.

¿Qué es lo que observamos? Desde su entrada en la escuela primaria ciertos niños sienten repugnancia por el estudio. Le tienen miedo, lo cual anula su esfuerzo. Temen las consecuencias, esas censuras públicas que los humillan a los ojos de sus compañeros y les hace sentirse despreciables ante sí mismos. De ahí los sentimientos de inferioridad e incluso de culpabilidad, que ciertos exámenes psicológicos subrayan con evidencia.

"Pereza", se dirá. "Mala voluntad". "Inconstancia". Sería quizá más exacto señalar una falta de interés por el estudio; no por falta de ánimo o de aplicación, sino por falta de éxito. Muchos escolares no hacen el esfuerzo que se les exige porque temen no poder hacerlo con fruto, con alegría y con entusiasmo.

En vez de repetirles que son perezosos, se debería más bien persuadirles de que lo que se exige de ellos es fácil, no sobrepasa sus medios, no se trata de un trabajo fatigoso. Los estímulos harán mucho más efecto que las reprimendas. Si un castigo es necesario,

tengamos al menos la habilidad de no humillar al niño, procuremos que no sienta aprensión por la tarea que exigimos de él y, sobre todo, no le quitemos el poco interés que le queda por el estudio.

Al no tener más que seis años, la ansiedad del fracaso se convierte rápidamente en obsesión. Y, entre los adultos, ¿son tan raros los que temen un fracaso profesional —y lo provocan— porque, en su infancia, han sido víctimas de fracasos escolares?

#### Contacto con los primeros maestros

Del contacto afectivo de un niño con su profesor o profesora no depende solamente el éxito de su año escolar sino el de casi todos sus esfuerzos. En este caso no se dice ya: "Es un perezoso", sino: "Es un rebelde". Diez años después no se habrá conseguido que



aprenda la sumisión, el respeto, la más elemental educación. Este alumno, por una razón bastante misteriosa, pero que es posible adivinar a través de ciertos tests, ha tomado automatismos de agresividad y de reivindicación. Araña como un gato que tiene miedo y su actitud se agrava con el transcurso de los años. La mayor parte de las fugas en el momento de la pubertad no tienen otras razones.

Recomendamos, por tanto, a los padres que tomen de una vez una actitud pedagógica exacta. En primer lugar, que depositen confianza en el profesor o profesora de su hijo; que éste comprenda que no tiene que habérselas con un tirano cuyas reacciones son imprevisibles; que tenga interés en someterse a una disciplina de grupo, quizá penosa al principio, pero suavizada por la costumbre.

Por otra parte, los padres deben abstenerse de relaciones demasiado frecuentes con

el profesor. Que no den a su hijo la impresión de hacer frente con él, lo cual logra exacerbar este sentimiento de ansiedad del que tantos escolares sufren hasta su adolescencia; que dejen más bien que las cosas sigan su curso. Por ansioso que sea su hijo, acabará por adaptarse a su profesor, del que depende durante varias horas al día.

#### En el umbral de los estudios secundarios

En cuanto al escolar que pasa a la segunda enseñanza, creo que también debe ser adaptado a su tarea. Y el mejor medio de que no se convierta en un ansioso es el decirle que su programa escolar no tiene absolutamente nada de repelente. Esto vale, sobre todo, para el latín y las matemáticas que, de antemano, suelen horrorizar al niño.

Lo que accecha generalmente al nuevo bachiller es el tedio, por la sencilla razón que, durante dos o tres años, no verá más que rudimentos de esto o de aquello, sin comprender su utilidad. Pasarse horas y horas descifrando palabras latinas no es un juego de placer. De ahí el riesgo de interpretar una falta de interés como estado de pereza o abandono y que no es, quizá, más que una especie de adormecimiento del espíritu debido al hecho que, incluso para el alumno medio, el profesor no va bastante a prisa, repite siempre las mismas ideas, se adormece él mismo con su propia voz.

El problema que debe resolver el niño de diez años que comienza el bachillerato y debe adquirir buenos automatismos psicológicos, es el de la atención, el de la concentración de espíritu, el dominio de sí mismo y disciplina personal. Debe aprender a trabajar solo, a reserva de que se le ayude en lo que no comprenda por sus propios medios.

El interés que él tome por sus estudios, estará en función del éxito que consiga en ellos; pero no será posible ningún éxito sin esa tensión de espíritu, que es quizá fatigosa pero que, combinada con el juego, el deporte, los descansos y recreos familiares y escolares, no le perjudicará.

En todo caso, el nuevo bachiller comprenderá que está realizando una etapa de su vida y que, para él, el estudio será, cada vez más, un esfuerzo solitario y personal.

J. M. DE BUCK, S. J.  
(Famille, College et Institut).  
184 Rue Washington.—Bruxelles.